

el mundo. Por primera vez era posible, desde la pantalla, asistir al proceso de creación de la obra de un genio. Gracias a un procedimiento especial de rodaje, puesto a punto por Clouzot y Claude Renoir, al espectador le era dado «ver», sin intermediario, al pintor de Málaga imaginando, dando forma, corrigiendo, deshaciendo y rehaciendo su pintura. Indudablemente, la experiencia es apasionante, única. Ver cómo la tela blanca —la pantalla— se va llenando de trazos, de manchas de color, hasta convertirse en un maravilloso cuadro, vale la pena, es algo insólito y fascinante. Ahora bien, al margen del agradecimiento que se le debe a Clouzot por haber fijado en celuloide esta experiencia apasionante, no deja de haber que pedirle cuentas por el modo de cómo lo ha hecho y, sobre todo, por la manera cómo ha orientado su visión del personaje. En un afán —loable en cuanto tal— de hacer llegar al mayor número de espectadores la obra de Picasso, no ha dudado en utilizar ciertos trucos de no demasiada buena ley, como el de jugar con los metros de película que quedan en la cámara para obligar al pintor a

improvisar a marchas forzadas, o el obligarle a decir a los espectadores cuánto ha tardado en realizar una obra determinada después de que éstos han visto el montaje que dura diez minutos. La figura de Picasso queda, hasta cierto punto, minimizada por la imagen que de él da el film, ya que no su obra. Hay algo de clownesco en el comportamiento a que le obliga el realizador, así como hay una cierta deshonestidad en jugar al suspense con lo que nunca debió ser objeto de él. Por otra parte, la música de Georges Auric, excesivamente «descriptiva», complaciente, contribuye a crear el clima de «facilidad» que le reprocho al film. No quiere esto decir que la obra sea rechazable; por el contrario, habrá que verla más de una vez. Pero sí que lo que de ella queda, al contrario que en la referida serie de cuadros de Picasso, es el modelo, no el autor. «Le mystère Picasso» es Picasso, no Clouzot. Lo que, en último término, quizá fuera inevitable dada la ingente personalidad del pintor, al que en esta ocasión le ha tocado el turno de ser objeto de una obra ajena. ■ C. S. F.

BERGMAN, SIN SONRISAS

«Los comulgantes»: una confidencia

Para el espectador español, Bergman es el autor de «El séptimo sello», de «El manantial de la doncella», de títulos que presentan una problemática religiosa, metafísica. Bergman es, también, el autor de una de las películas de las que más se ha hablado últimamente, «El silencio», no conocida aquí y, posiblemente, no susceptible de ser vista por espectadores españoles. En cualquier caso, Bergman es asimilable a una cierta concepción del cine, problemática y discursiva, adusta y grave. Para abundar en tal idea, se estrena ahora «Los comulgantes», film perteneciente a la trilogía compuesta por «A través de un espejo» y «El silencio», trilogía en la que Bergman se interroga sobre la presen-

cia de Dios y la necesidad del hombre de hallar su respuesta. El pastor Thomas Ericsson atraviesa una crisis espiritual; se obsesiona por el silencio de Dios. Busca en los hechos cotidianos, en la concreción de su relación sentimental con la joven maestra, en el ejercicio de su ministerio, la huella de una trascendencia que ha perdido.

Bergman describe este proceso a través de una confesión personal. La película interesa por lo que tiene de confidencia de un autor en crisis, de hojas arrancadas de un diario. Como exposición del problema falta, quizá, cierta distancia crítica. Todo se resuelve a ese nivel íntimo y confidencial. Bergman se autobiografía con serenidad, en los antipodas de las des-

vergonzadas confidencias fellinianas. Con serenidad y ausencia total de espectacularidad: parece una plática, apta para espectadores que, de un modo u otro, puedan identificarse con la problemática que obsesiona al realizador.

Este es el Bergman que conoce el espectador español; y, aun así, es una visión incompleta, puesto que faltan títulos esenciales de su filmografía por conocer. Pero hay otro Bergman, menos adusto, me-

nos grave, aunque también preocupado de cuestiones metafísicas, el Bergman de «Sonrisas de una noche de verano», quizá su mejor película. «Sonrisas» de Bergman que equivalen a la pirueta de un elefante, pero así y todo el autor se muestra más vivo, más atento a una generalización de los conflictos, menos preocupado de contarlos en una película sus problemas personales y —a veces— intransferibles.

LA GUERRA DE LA BELLEZA

Las mujeres israelitas descubren la coquetería



«La imagen de la pionera israelita, «short» color caqui y fusil en bandolera, pertenece ya al pasado». Tal afirmación sorprende, a menos de nueve meses de la guerra de los seis días y, sobre todo, en boca de David Catarivas, un «duro» del Ministerio de Asuntos Exteriores de Jerusalén. Como sorprende la presencia de la morena Ruth Rummel, antiguo comandante del Ejército Femenino de Israel, a la cabeza del recientemente creado Centro de la Moda, del Instituto israelí de Exportación. O como sorprende la reciente celebración, en el Hilton de Tel-Aviv, de una fastuosa Semana israelita de la moda.

La explosión de la moda israelí es el resultado normal de una industria textil local en expansión. «Para pensar en exportar —decía un confeccionista de Tel-Aviv— había que superar la etapa de la falda caqui». Lo importante es que las jóvenes israelitas, educadas desde el jardín de infancia hasta la Universidad, desde el ejército hasta el «kibbutz», con y como muchachos, aspiran hoy a recuperar un arma milenaria de seducción de la que se han visto privadas durante veinte años.

De hecho, ¿en qué consiste el arte de seducir en Israel, en este país en el que actualmente cuatro jóvenes de cada diez han nacido ya en Israel y han sido educados en el culto a la Biblia, a las armas y al trabajo?

Este triple amor hacia las Escrituras, las ametralladoras y la eficacia, muchachos y muchachas

lo aprenden desde la guardería al batallón, desde la calle hasta las playas, en una completa mezcla. La moral que se desprende de este hecho: calcada sobre la de los habitantes del «kibbutz», esos monjes que viven en cohabitación. Libre y puritana. Los jóvenes se abordan sin preámbulo, se cortejan sin discreto, se aman sin florituras. Todo es sencillo, directo, rápido. «Sano», dicen los israelitas. No hay tabús sexuales. Los anti-conceptivos se venden en las farmacias. Los abortos en clínicas se toleran. El vocabulario de cuartel ya no se usa en el ejército... Los jóvenes están saturados de presencia femenina, y no piden más.

¿Acaso es para estimular su apetito por lo que las jovencitas de Jerusalén empiezan a ostentar minifaldas y cejas postizas? Moda y

VESTIDOS Y NARANJAS

La industria textil es la segunda en importancia en Israel. Cifra total de negocios: doscientos setenta y siete millones setecientos catorce mil dólares. Cincuenta millones de dólares van a la exportación. El primer cliente de Israel es la Gran Bretaña. Después, Estados Unidos, Alemania, Holanda. Objetivo que se han señalado los israelíes para su industria textil: «Lograr que nuestros vestidos sean tan famosos en el mundo como nuestras naranjas».

